



Lorenzo Medici, el gran gobernante italiano del Renacimiento, es una persona que siempre me ha asombrado. Pasó a la historia como Lorenzo el Magnífico. ¿No sería este un buen apodo para llevarlo a lo largo de la historia? ¡El Magnífico! Lo llamaban así porque era generoso en todo lo que hacía. Nunca fue simplemente por lo mínimo; siempre dio lo mejor. No se limitó a sumergir el dedo del pie en el mar de la vida, sino que se zambulló directamente en él. Y así, fue conocido como el Magnífico.

En realidad, un gobernante italiano del Renacimiento tal vez no es tan importante para nosotros en nuestra propia vida, pero creo que ese espíritu de absoluta generosidad, abundancia y magnificencia es algo sobre lo que debemos reflexionar en nuestra vida en Cristo. De hecho, esto es básicamente un reflejo del mismo Señor Dios porque El no mide Su misericordia para con nosotros en pequeñas cantidades. Dios actúa siempre con sobreabundante generosidad, con magnificencia, en la forma en que nos da la gracia en nuestra vida y las bendiciones de las que estamos rodeados. Vemos en esta generosidad del Señor Dios mismo un modelo para nosotros, una invitación y un mandamiento de que debemos ir y hacer lo mismo.

Vemos esto en el Evangelio de la Misa de hoy (Mateo 20: 1-16a). Allí tenemos al hacendado que contrata personas para trabajar en su viña. Los primeros que son contratados, temprano en la mañana, reciben la paga justa por un día de trabajo. Luego llama a otros a trabajar en diferentes momentos a lo largo del día, y finalmente a la hora undécima, justo antes de que termine la jornada laboral, llama aún a otros más. Aquellos que son llamados en último lugar sólo han trabajado alrededor de una hora, pero reciben el salario de un día completo. Ahora bien, si miras las cosas con una mentalidad estrecha, puedes simpatizar con las personas que fueron contratadas al comienzo del día. ¿Que está pasando aquí? ¿No trabajamos nosotros en el calor del día? ¿No deberíamos obtener más pago? Y, sin embargo, ¿aquellos que trabajaron solo una hora recibieron la misma cantidad que nosotros? Pero el maestro dice, no, amigo mío, ¿no puedo ser generoso con lo mío? De hecho, lo que tenemos que hacer es mirar esto no desde la perspectiva de los primeros trabajadores enojados, sino desde la perspectiva del maestro generoso. Si hacemos así, podemos ver que el Maestro ha decidido mostrar abundante generosidad con aquellos que han llegado últimos y que no la merecían. Creo que ese es el mensaje, en parte, para los

gentiles que llegaron a la historia de la salvación bastante tarde y que, con la generosidad de Dios, van a recibir tanto como aquellos que lo han hecho durante muchos, muchos siglos. Quizás eso sea parte del mensaje.

Pero esta parábola destaca principalmente la superabundante generosidad de Dios. Se parece mucho a lo que vemos en la Parábola del Hijo Pródigo (Lucas 15: 11-32). Cuando regresa el hijo menor, el padre amoroso lo abraza de generosidad y lo carga de bienes y cosas así para celebrar, porque ha regresado. El hermano mayor enojado dice que no, no y no; algo así como los primeros obreros de la parábola de hoy, ¿cómo te atreves a hacer eso? Esto no es justo. Esto, tu hijo, no se lo merece. El hermano mayor lo ha medido y su hermano no se merece lo que recibe de su padre. Por supuesto, que es así. Y, sin embargo, el Padre responde que éste, tu hermano, se perdió y fue encontrado. Y entonces, vemos esa magnificencia y generosidad de la mano del Padre Celestial. Ninguno de nosotros lo merece.

Necesitamos apreciar eso en nuestra propia vida, y reconocer, como dice Isaías en la Primera Lectura de hoy (55: 6-9), “mis pensamientos no son tus pensamientos, ni tus caminos son mis caminos, dice el Señor”. Necesitamos profundizar en el misterio de la generosidad de Dios y reflexionar sobre él. En primer lugar, somos los receptores de ella. Recibimos tanto que no nos merecemos, como los trabajadores contratados a última hora; no merecemos nada, ni siquiera la vida misma, y sin embargo Dios nos da eso en superabundancia. Él nos da la fe, nos da la gracia, nos da todo. Él nos da tiempo, el tiempo en que vivimos nuestra vida, nos da eso. Él nos da todo. Y así, recibimos de la magnífica generosidad del Señor Dios.

Pero también, como sus siervos, como sus criaturas, como los discípulos del Señor, estamos llamados a mostrar a los demás ese mismo espíritu de magnificencia, ese mismo espíritu de generosidad en el uso de los dones que hemos recibido.

No somos el Maestro. Si fuéramos el maestro, no seríamos tan generosos como el Maestro del Evangelio de hoy. No, somos sirvientes. Debemos imitar la generosidad de nuestro Maestro. Somos mayordomos. Eso significa que somos siervos a quienes se nos han confiado los dones recibidos del Maestro y estamos llamados a usarlos bien, a usarlos fructíferamente, como en la Parábola cerca del final del Evangelio de Mateo (25: 14-30): vemos que el amo reparte varios dones y talentos a sus siervos. Algunos los utilizan fructíferamente, con generosidad y creatividad. Otro simplemente va y lo entierra en el suelo. Estéril. Inútil. No capta el espíritu del Maestro, su espíritu creativo. Pero, estamos llamados a ser “administradores de los misterios de Dios” (1 Co 4: 1),

administradores de los dones de Dios. Nos los ha confiado nuestro generoso Maestro y nos llama a usarlos bien. Generosa, creativa y fructíferamente.

Deberíamos pensar en eso especialmente este domingo en el que en nuestra Arquidiócesis se llama el Domingo de la Corresponsabilidad. Es un momento en el que estamos llamados a reflexionar sobre esta disposición fundamental del discípulo de Jesús: ser un administrador agradecido de los muchos dones recibidos del Señor. Todos somos muy diferentes - algunos reciben este don; otros, otro talento - somos muy diferentes en eso, pero todos somos iguales en la forma en que recibimos tantos dones de las manos del Maestro generoso, del Maestro magníficamente generoso; si tan solo los reconociéramos en nosotros mismos y en las personas que nos rodean.

Toda nuestra comunidad está ricamente bendecida con dones y, a menudo, no son reconocidos ni celebrados. Entonces, a través de la Corresponsabilidad espiritual estamos llamados a reconocer en los demás los dones que tienen e invitarlos a que los desarrollen de manera generosa, fructífera y creativa.

A nosotros mismos se nos pide que demos gracias a Dios por los dones que hemos recibido de su mano; más generosos incluso que los de la undécima hora que recibieron el salario de un día completo por trabajar casi nada. Los recibimos aún más generosamente de nuestro misericordioso Señor. Y habiendo recibido estos dones, cualesquiera que sean, estamos llamados a utilizarlos fructíferamente y a ayudar e invitar a otros a hacer lo mismo. Entonces, como comunidad en su conjunto, somos personas que reconocemos que somos administradores de la generosa, abundante y magnífica bondad del Señor.

Mientras lo hacemos así, he aquí algunas cosas en las que debemos pensar. En primer lugar, esta disposición de corresponsabilidad no es una especie de programa en el que nos metemos; no es algo que hacemos. Es una actitud profunda de sentirnos agradecidos por lo que hemos recibido y de estar profundamente comprometidos a utilizar estos dones de manera fructífera, generosa y con una magnificencia que refleje la de nuestro misericordioso Señor.

En segundo lugar, creo que lo que debemos hacer al pensar en esto y reflexionar sobre nuestra comunidad parroquial, es preguntarnos: ¿Cuáles son los diferentes dones que podemos ver a nuestro alrededor? Si todos comenzamos a usar estos dones de manera fructífera, no enterrándolos en el suelo u olvidándolos y sin reconocerlos, sino sacándolos de todos y cada uno, entonces toda nuestra comunidad florecerá y crecerá y llegará a las personas que nos rodean que dirán "mira cómo se aman estos cristianos". ¡Mira esa comunidad, tan llena de los dones de Dios!

Lo hacemos también, cuando al reflexionar sobre las parábolas del Señor, somos conscientes de que debemos ser creativos, no enterrando los dones sino dejándolos florecer. Y, además, necesitamos ayudar a otros a hacer florecer sus dones.

También debemos ser fieles; estos dones son de Dios. No son nuestros. Necesitamos reconocer fielmente que no somos el Maestro. Simplemente, por un breve tiempo en este mundo, recibimos estos dones y estamos llamados a usarlos bien.

Y también somos responsables: el Maestro regresa. Al final de la Parábola de los Talentos regresa y dice: ¿Qué has hecho con los dones que te confié? Algunos los usaron bien, pero uno no, porque lo enterró. Entonces, llega un momento al final de nuestra vida en el que nos presentamos ante el Señor y Él nos preguntará: ¿cómo has usado los dones que te di? Dones que son diferentes para cada uno de nosotros.

Entonces, pensemos en eso este domingo mientras reflexionamos sobre el tema de la corresponsabilidad, que es profundamente bíblico, profundamente espiritual, profundamente arraigado en nuestra fe y en el corazón del Evangelio. ¿Cómo discípulos, cómo podemos compartir generosamente, como un indicio de esa magnificencia del mismo Señor Dios? ¿Cómo podemos compartir generosamente los dones que Él nos ha dado? ¿Cómo usar fructíferamente el tiempo que tenemos en nuestra vida, los talentos particulares que hemos recibido y los bienes materiales que podemos compartir con los demás, sin aferrarnos a ellos, sino siendo generosos? De esa manera, podemos ser administradores fieles y fructíferos de los misterios de Dios. Y así, en nuestra propia vida, como Dios nos pide, reflejaremos la gloriosa y generosa magnificencia del amor de Dios en este mundo. Esa es nuestra misión y si lo hacemos seremos fieles a Él.

Que el Señor nos bendiga a todos en esta sagrada misión: ¡Ser administradores fieles y creativos de los muchos dones que hemos recibido de nuestro buen e inmensamente magnífico Señor Dios!